«No juzguéis y no seréis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis se os juzgará, y con la medida con que midáis se os medirá.

¿Por qué te fijas en la mota del ojo de tu hermano, y no adviertes la viga que hay en el tuyo? O ¿cómo vas a decir a tu hermano: Deja que saque la mota de tu ojo, cuando tú tienes una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver cómo sacar la mota del ojo de tu hermano.» (Mateo 7, 1-5)

1º. Jesús, hoy me das un consejo muy oportuno: **«no juzguéis.»**

¡Cómo me gusta juzgar a todo el mundo!: éste es así, el otro lo hace todo mal, el de más allá no tiene arreglo...

Y luego me duele cuando me interpretan mal, cuando juzgan torcidamente mis acciones.

¿Quién soy yo para juzgar las acciones los demás?

Y sobre todo: ¿quién soy yo para juzgar las intenciones de los demás?

Sin embargo, es inevitable formar un concepto de cómo son los que nos rodean.

No es posible permanecer neutros, suspender el juicio ante lo que vemos o creemos ver.

Por eso, no se trata de cerrar los ojos, sino de mirar a los demás como los miras Tú: con ojos de misericordia y de comprensión.

Para mirar con tus ojos de mirada limpia, Jesús, es necesario no tener obstáculos que impidan reconocer lo que de bueno tienen los demás.

Y esos obstáculos son mis propios defectos, que deforman la realidad hasta hacer que parezca que es el resto del mundo el que está equivocado, y no yo el que tiene la vista turbia.

Jesús, ayúdame a ver primero en qué he fallado yo, antes de echar las culpas de todo a los demás.

2º. «*No queramos juzgar -Cada uno ve las cosas desde su punto de vista... y con su entendimiento, bien limitado casi siempre, y oscuros o nebulosos, con tinieblas de apasionamiento, sus ojos, muchas veces.*

Además, lo mismo que la de esos pintores modernistas, es la visión de ciertas personas tan subjetiva y tan enfermiza, que trazan unos rasgos arbitrarios, asegurándonos que son nuestro retrato, nuestra conducta...

¡Qué poco valen los juicios de los hombres! -No juzguéis sin tamizar vuestro juicio en la oración» (Camino.-451).

Jesús, en la mayoría de los casos, lo mejor que puedo hacer es no juzgar o, al menos, buscar el lado positivo de las personas, presuponiendo su buena intención.

Sin embargo, a veces tengo que juzgar a los demás; es el caso del que está en posición de formar a otro: padres, profesores, directivos, director espiritual; o el que ha de confiar algo a otro: una transacción comercial, una votación política.

Además, de manera natural, juzgamos a la persona que queremos:

parientes y amigos.

En los casos que tenga que juzgar, sobre todo ante alguna acción que me parece incorrecta, lo que Tú me pides es «*tamizar el juicio en la oración;*» es decir: ponerme en tu presencia, Jesús, y preguntarme: ¿no seré yo el que lo está haciendo mal?

En algún caso, incluso será conveniente consultar el tema con alguna persona de confianza.

Si, a pesar de estas precauciones, pienso que la otra persona actúa incorrectamente, tengo el deber de intentar corregirle, sobre todo si tengo la responsabilidad de su formación o es un ser querido.

«Saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver cómo sacar la mota del ojo de tu hermano.»

Jesús, no me dices que me abstenga de corregir a los demás cuando sea oportuno.

Lo que me pides es que, cuando lo tenga que hacer, me mire primero a mí mismo, en tu presencia, y te pida luces para poder ayudar a la otra persona como lo harías Tú: con comprensión, con cariño, con sinceridad, con lealtad.

Esta meditación está tomada de: "Una cita con Dios" de Pablo Cardona. Tiempo ordinario. Ediciones Universidad de Navarra. S. A. Pamplona.